

## NI TANTO NI TAMPOCO

*“NI TANTO QUE QUEME AL SANTO NI TAMPOCO QUE NO LO ALUMBRE”*

Antonio Ávila Chuliá

Cuentan las crónicas que la noche de San Juan se celebra tradicionalmente para enfatizar que el verano ha llegado. La costumbre era cenar modestamente con lo llevado desde casa en la fiambarrera, depositado sobre la ligera arena de la playa, alumbrados por una fogata, mientras los ancianos narraban leyendas, ficciones, historias o cuentos. Las lenguas de fuego chisporroteando, ascendían hacia el negro éter, salpicado de estrellas. Poco a poco decaía la bravura de las llamas hasta consumir la leña amontonada. Era el momento de saltar, cruzar, brincar sobre las lumbres para, sin demora, penetrar en las templadas aguas mediterráneas, donde las suaves olas se encargaban de transmitir al joven cuerpo la fuerza renovadora precisa para continuar con vigor la lucha diaria. Anochecida mágica, prodigiosa a la luz de la luna, donde quiebran los sortilegios y los corazones afloran sus guardados tesoros. Eso al menos referían los mayores en tan destacada noche, la cual siempre aporta consejos.

Las tradiciones se han transformado, son más prosaicas. En verdad cuesta a veces asimilar los cambios. Hay quien considera aquellas una muralla de piedra hecha de pasados que ciñe el presente. **No comparto esa opinión: una costumbre indica mucho más el carácter de un pueblo que una idea.** Pues bien, paseaba el día de San Juan al alba por el arenal, cuando pude observar sorprendido el ir y venir de camiones recogiendo toneladas de basura de la madrugada anterior; un ejército de empleados municipales, vociferantes, se atareaban en dejar limpias las mancilladas arenas, tarea harto complicada al tener que sortear cuerpos adormecidos sobre la misma. No, desde luego, ¡esa no es la playa de mi mocedad! ¿Qué ha pasado?, ¿qué ha sucedido en España? Alguien vaticinó, prefiero no mentarlo, que “no la va a conocer ni la madre que la parió”, efectivamente, no es parecida ni se asemeja a la de hace apenas unos años, entonces convivíamos en un país sosegado, floreciente, afable, alegre, cargado de esperanzas e ilusiones, la España de la prodigalidad. ¿Qué ha originado este cambio tan repentino?

A nadie se le escapa. Basta con pasear por la metrópoli para advertir el cierre de establecimientos a diario, negocios de todo tipo cuya actividad desaparece, cesa el bullicio, oscurecen los escaparates, faltan ciudadanos con bolsas o paquetes deambulando con prisa, desciende la actividad comercial en estas calles, un insano silencio invade ahora la vía pública, tristeza; los polígonos industriales alcanzados por la penuria carecen de dinamismo, están vacíos, no solo de mercancías sino de ilusión y esperanza. ¿Por qué?

Me cuesta admitir que con la amplitud de medios de comunicación que poseemos, así como una pléyade de analistas, informadores de bolsa, técnicos, economistas, financieros, empresarios, políticos, periodistas, por un error de cálculo, de una vacilación, de una creencia, no haya germinado ni una gota de inteligencia que pronosticara lo que estallaría en breve plazo en nuestra economía, como antaño lo hiciera Moisés. Resulta espinoso creer que nuestros gobernantes lo ignorasen. Para mi han pasado de puntillas sobre el desastre que se avecinaba, sin informar a los ciudadanos, ocultando las posibles consecuencias, sirva de ejemplo el ya lejano debate Solbes-Pizarro con una versión de la realidad distinta; Solbes daba

un mensaje de confianza mientras Pizarro se dedicaba a resaltar que el Gobierno no había hecho nada para mejorar la economía española, que estaba peor que antes. Ni caso por parte de medios periodísticos silentes e interesados, gobernantes afectados y demás casta. Pues bien, es el momento de sufrir su incapacidad por comodidad.

Cuando escucho en radio o televisión que vienen los hombres de negro no puedo evitar una sonrisa al pensar que, desde hace años, los tenemos entre nosotros, efectivamente, van de negro pero son grises. Han consentido el hoy y también el mañana; algunos acomodan las cuentas de manera que, dependiendo de quién les pague vayan bien o mal las empresas, los negocios, compañías, comercios, sociedades o entidades, den pérdidas o beneficios. Son en gran parte responsables de esta etapa de decadencia, del sufrimiento amargo de la crisis que afecta del mismo modo a empresarios, funcionarios, jubilados... Todos los ciudadanos asumimos los efectos de esta grave y embarazosa situación que a pocos deja vivir ni dormir.

Un problema teórico no se resuelve cuando se conoce la solución sino en el momento que se pone en práctica. Estoy de acuerdo en que es complicado, y soy consciente de que entran en el juego variados factores como obstáculos de la realidad concreta, emociones, intereses propios, ajenos, el cansancio, la posibilidad de fracasar, las rivalidades, el dramatismo, y, quizás lo mas importante: la necesidad de preservar sus privilegios.

Nadie espere la salvación proveniente de los hombres de negro, ellos vienen a dirigir la transición económica a la crisis de las empresas o lo que quede de ellas. Estos hombres son grises, aunque sobresalientes, fueron educados para lograr poder, dinero y triunfo político. Estrictos, jamás sufrieron un retraso en sus comportamientos, muchos desconocen hasta sus vidas, incapaces de vislumbrar la sombra de sus cuerpos en la playa, de deleitarse mirando la luna entre la corte de estrellas, negados para reconocer el aroma de una flor, provistos de maletines, enfundados en trajes sombríos o cenizos ningunean a los profetas del dolor, están capacitados para cambiar el criterio de ganar o perder de acuerdo con las ordenes recibidas.

El empresario es el personaje invitado a esta tragedia: sufre con los trabajadores el contexto de angustia permanente. No se puede imputar a nadie, pues no es obligatorio poseer empresas ni ser empresario. Hay quien nace con la ilusión, desde bien joven, de consumir un proyecto empresarial, si bien, en estos tiempos, los propietarios no brillen por sus éxitos, pese a ello siguen adelante, dedicados en cuerpo y alma, a intentar el rescate de las sociedades o comercios corrigiendo el rumbo permanentemente, con la expectativa de que vuelvan a abrirse los negocios de las calles, brillen las luces de los escaparates, se abarroten la vía pública de alegría y en los polígonos industriales se renueve la actividad empresarial, con carreteras anegadas de tráfico por camiones repletos de mercancías.

Los implicados en el Sector de las Seguridades debemos decirle al mundo que somos la última imagen de libertad, involucremos a gobernantes, políticos, asociaciones, sindicatos, autoridades, hagámoslos partícipes de las inquietudes que nos preocupan. Padecemos la regresión de la cuenta de resultados pero no ha retrocedido la burocracia, pidamos con insistencia lograr las mismas exigencias para toda España, iguales criterios, análoga disciplina, mando único.

Invariablemente, especulé siendo un chaval que se distanciaba a los pobres de los ricos para evitar el contagio, ahora, como adulto vivido, he comprobado que no es así.